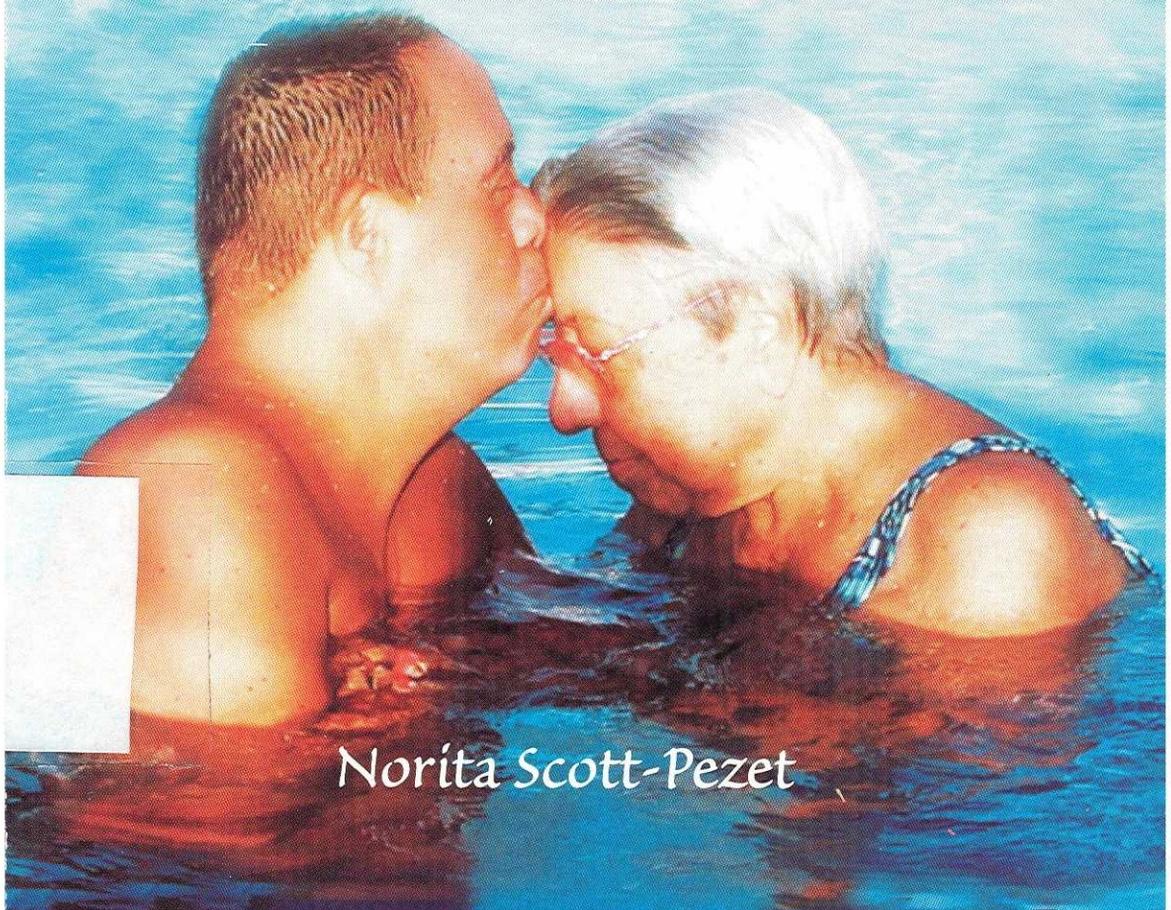


Mami y Yo



Norita Scott-Pezet

Mami y Yo

Norita P. Scott-Pezet

Panamá 2005

Scott-Pezet, Norita P.
Mami y Yo. Norita P. Scott-Pezet
1° edición, Panamá, 2005
ISBN 9962-02-726-9.

Mami y Yo

© Norita P. Scott-Pezet

1° edición, Panamá, 2005

Apartado 814, Balboa-Ancón, Panamá, República de Panamá

Teléfonos: (507) 226 3151 / 680 5616. FAX 226 3151

Correo electrónico: ecoconsult@cableonda.net

Diagramación: David Montoya

Diseño de portada: Anetha Mc Clean

Foto de portada: Nora y Pito en la piscina

Reservados todos los derechos. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida en ninguna forma por ningún medio, sin la expresa autorización de Norita P. Scott-Pezet.

Dedicatoria

Este libro esta dedicado a muchas personas.

A mi querida madre Nora, que dedicó su vida a mejorar la vida de Pito y la vida de otros como él. A su compañera inseparable Melín, con quien trabajó intensamente durante casi medio siglo y con quien compartió tantos gozos y algunos sinsabores. A las Juntas Directivas de La Escuelita y todas sus Presidentas, por la labor tan encomiable realizada a través de todos estos años. A todas las directoras, maestras y personal de La Escuelita que son unos verdaderos santos, dotados de una paciencia que no proviene de este mundo. A todas las personas de mi familia, mis sobrinos y sus hijos, a mis tíos y tías, primos y primas que siempre le han dado mucho amor a Pito. Ellos a su vez le han inculcado a sus hijos y sus nuevas familias, que Pito es muy especial en nuestras vidas.

Muy en especial a la Mimorra mi abuelita que casi vive eternamente entre nosotros, ya que gracias a Dios nos acompañó hasta unos pocos meses antes de cumplir sus ciento un años, y a Lupita mi hermana, con quienes convivimos con mucho amor. Y finalmente a toda esa maravilla de personas que han extendido su mano de amor y comprensión a Pito y se la siguen extendiendo a muchos que como él, solo saben lo que es amor.

Por último lo dedico a todo ese universo de padres, abuelos, hermanos, tíos, amigos y otros que hoy por hoy tienen entre Uds. a alguien como Pito. Dios los bendiga a todos y les traiga las dichas que nos ha dado a nosotros.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible escribirlo gracias a la motivación que me brindaron muchas personas y la revisión desinteresada de muchas otras. En particular, agradezco a:

La Dra. Melinda Cambra de Varela, quien hizo la primera revisión y ayudó a corregir aspectos técnicos, pero además me dio información que yo desconocía;

La Licda. Diana de Triana a quien se lo di para que lo revisara ya que ella trabajó con La Escuelita muchísimos años y por ello conocía a fondo muchas partes de esta historia;

La Dra. Margarita Vásquez Quirós, para que encontrara los errores gramaticales y le diera la fluidez que solo una persona con su experiencia literaria sabe darle;

Ileana Golcher, profesora del curso «Como Escribir y Publicar Su Propio Libro», quien además de compartir con sus alumnos durante las clases todos sus conocimientos, posteriormente mantuvo un interés en lo que yo hacía y continuo dándome buenos consejos que me ayudaron en todos los aspectos de la publicación;

A Etna Arosemena Rosas, miembro distinguida de nuestra gran familia penonomeña, que lo revisó y ofreció muy sabias recomendaciones;

Y a tantos otros cuyos nombres no menciono, que me alentaron para seguir para adelante y cumplir con este cometido.

¿Es hereditario el Síndrome de Down?

La materia genética adicional que causa el Síndrome de Down puede provenir del padre o de la madre. Se ha encontrado que aproximadamente 5 por ciento de los casos provienen del padre. En general, el riesgo de tener un segundo niño con Síndrome de Down es como uno de cada 100 embarazos. El riesgo es mayor si el padre o la madre lleva una célula translocada. Esto puede determinarse a través de un examen genético.

Por lo demás, el Síndrome de Down «no corre en familias» y un hermano, tía o tío de un niño especial no está en riesgo mayor de concebir un niño con Síndrome de Down.

Fuente:

National Down Syndrome Society
666 Broadway, New York, NY 10012
Teléfono: 212.460.9330
WEB: <http://www.ndss.org>
Correo electrónico: info@ndss.org

Contenido

Introducción

| | |
|----------------------------|----|
| Algunos Antecedentes | 11 |
|----------------------------|----|

Primera parte

| | |
|--------------------------------|-----------|
| Los protagonistas | 19 |
|--------------------------------|-----------|

| | |
|--|----|
| Sobre los protagonistas de esta historia | 20 |
|--|----|

| | |
|-------------------------------|----|
| La Escuela Experimental | 33 |
|-------------------------------|----|

| | |
|------------------------|----|
| Recuerdos de Epi | 38 |
|------------------------|----|

| | |
|---|----|
| Que dice la hermana de Pito que escribió este libro | 41 |
|---|----|

Segunda parte

| | |
|------------------------------|-----------|
| Cuentos de Pito | 47 |
|------------------------------|-----------|

| | |
|-------------------------------------|----|
| Celebración de los cumpleaños | 48 |
|-------------------------------------|----|

| | |
|-------------------------------|----|
| Tigres y otros peligros | 50 |
|-------------------------------|----|

| | |
|--------------------------|----|
| Pito y el teléfono | 54 |
|--------------------------|----|

| | |
|--|----|
| Conversación con el legislador Afú | 55 |
|--|----|

| | |
|-----------------------|----|
| El Baile Típico | 57 |
|-----------------------|----|

| | |
|-------------------------------------|----|
| El cuaderno de comunicaciones | 60 |
|-------------------------------------|----|

| | |
|--|----|
| Relación de Pito con los médicos y las enfermeras guapas | 62 |
|--|----|

| | |
|------------------------------------|----|
| Pito y el servicio doméstico | 64 |
|------------------------------------|----|

| | |
|----------------------------------|----|
| ¿En qué idioma habla Pito? | 68 |
|----------------------------------|----|

| | |
|-------------------------------|----|
| Que significa la muerte | 72 |
|-------------------------------|----|

| | |
|--|----|
| El día en que Pito casi se ahoga | 74 |
|--|----|

| | |
|---|----|
| La colección de sombreros de Pito | 77 |
|---|----|

| | |
|--------------------------|----|
| Pito y la política | 81 |
|--------------------------|----|

| | |
|--------------------------|----|
| Los Amigos de Pito | 87 |
|--------------------------|----|

| | |
|--|------------|
| Pito y La Iglesia | 90 |
| Pito y sus enamoradas «¡TODAS SON GUAPAS!» | 93 |
| Operación para que tenga un buen chorro de orín | 95 |
| Veranos penonomeños | 97 |
| Mecesolé | 104 |
| Música Mariachi | 108 |
| El día en que ISIS se casó | 112 |
| Las Olimpiadas Especiales y José Jaén | 114 |
| Las salidas a comer pizza a Napoli y a Romanaccio | 118 |
| Viajes con Pito | 120 |
| Desfiles y procesiones | 127 |
| Pito canta el himno de los EE.UU en ceremonia en la base militar de Clayton | 130 |
| Adoración con la prima Mayi | 132 |
| Que gran susto tuvimos una noche después que salimos de Napoli | 134 |
| Pito tiene amigos en la policía y defiende a su hermana | 136 |
| ¿Quién es el Papá de Pito? | 138 |
| Hasta luego, por ahora | 142 |
| Anexos | 145 |
| Carta al Dr. Armando Mora | 146 |
| Discurso en ceremonia en Fuerte Clayton | 148 |
| Discurso en Penonomé | 153 |
| Hoja de servicio de Eleonora Pezet de Scott | 157 |
| Referencias | 164 |

Introducción

«En cambio, el que obra el bien conforme a la luz...»

luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios»

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 3, 14 -21)

Algunos Antecedentes

En 1947, la República de Panamá no llegaba aún al millón de habitantes. Ir al cine, a la iglesia, a una oficina pública, tenía su

Carlos Scott-Pezet, alias «Pito», nació el 9 de agosto de 1947 en esa ciudad de Panamá de la que hablo, en la República de Panamá, en el Hospital Panamá que estaba ubicado en Bellavista, en la Avenida Cuba entre calles 35 y 36, donde hoy día se encuentra el Edificio Hatillo. «Pito» llegaba al mundo con características especiales: era un niño Down. En esa época se sabía muy poco en Panamá sobre el Síndrome de Down. La mayor preocupación en salud ambiental de esos años, era la enfermedad del polio, que afectó en aquellos años a muchos niños panameños.

Cuando Pito nació, yo solo tenía 5 años, así que mis recuerdos sobre las circunstancias y eventos que rodearon su nacimiento seguramente están basados en algo que me contaron después. Creo haber entendido que en el hospital solo sabían que Pito era distinto y que a mi mamá no le pudieron decir enseguida que era Down.

No sé si mi madre, educada en la Universidad del Sur de California entre 1936 y 1940, habría conocido algo sobre el Síndrome de Down. Ni sé tampoco cuantos niños Down había en Panamá en el 47; pero supongo que eran pocos porque éramos pocos. Eran otros tiempos. No había ni siquiera televisión, porque ésta llegó a Panamá en 1960 cuando RPC Televisión irrumpió en la vida citadina con la emisión de su primera señal. En comparación con el tiempo actual, las comunicaciones eran muy limitadas, y los viajes, largos e inaccesibles a los bolsillos.

Era otro mundo. En el actual, si no tienes celular «no andas en nada», porque hay que estar comunicado. Hoy día tenemos acceso a tanta información actualizada que a veces hay un exceso de datos. Por ejemplo: busqué en Internet usando como clave la

palabra Síndrome de Down. En el buscador de Google, el 20 de junio del 2003 resultaron 2, 570,000 menciones de artículos en inglés y 77,600 en español. ¿Por dónde comenzar a leer y qué escoger de tanto que leer? Cuando Pito nació en el 47, esas opciones no existían, ni remotamente.

Cuando tenía edad para ir a la escuela, ya el gobierno había fundado el Instituto Panameño de Habilitación Especial (IPHE). En esa escuela se reunían, desde esa época, sordomudos, Síndrome de Down, autistas y otros. No existía entonces, ni existe hoy día, un colegio especial para los Down. Cincuenta y siete años han pasado en la vida de Pito, y el IPHE ha crecido. Ahora también tiene escuelas en las provincias. En cuanto al sector privado, en Colón existía la escuela Rayos de Luz, fundada por la Sra. Elena de Lyons; y en la ciudad de Panamá, la Escuela Experimental, de la cual hablaremos en detalle más adelante. Entramos al siglo XXI con colegios en que los discapacitados asisten a clases junto con los demás alumnos.

Pito tenía más de nueve años cuando se fundó la Asociación Pro-Niños Excepcionales de Panamá, el 19 de abril de 1956, lo cual hizo posible la creación de la Escuela Experimental, que abrió sus puertas el 18 de Junio de 1956. Esto en gran parte ocurrió por iniciativa de dos grandes visionarias y tenaces trabajadoras: Eleonora Pezet Herrera de Scott (nuestra madre) y la Dra. Hermelinda Cambra de Varela, almas nobles e inteligentes bendecidas y destinadas para recibir en su seno y en el de sus familias, a Pito y a Melinda, quienes llegaron a nuestro mundo para traernos alegría y eterna juventud.

Conocida por todos como Melín, la Dra. Varela, pediatra, había dado a luz a Melinda en 1952. Su esposo, el Dr. José Ramón

Varela, ginecólogo, con sus amigos médicos, celebraron juntos el advenimiento del nuevo retoño, tercero del matrimonio Varela Cambra. La niña, de más de ocho libras, dio muestras de aparente normalidad. El primer día, nadie, incluyendo a los médicos, detectó nada distinto en la pequeña. Me cuenta la doctora Varela que cuando al día siguiente del parto le llevaron a la recién nacida, ella preguntó si no se habían equivocado de niña. Al verla detectó algo inusual en ella, algo diferente. Cuando la enfermera insistió en que le habían traído la niña correcta, Melín prontamente observó algunos rasgos típicos del Síndrome de Down en la niña. Nos podemos imaginar lo que habrá sentido esta madre y doctora a la vez, al darse cuenta ella misma de la verdad sobre la hija que acababa de conocer. Melín recuerda que aquellos fueron los momentos más difíciles de su vida.

Melín y Nora se conocían de la Asociación de Mujeres Universitarias de Panamá, asociación que desde sus albores contó con la afiliación de distinguidas mujeres panameñas de la talla de Otilia de Tejeira, Berta de Moscote, Mercedes Arrocha de Cornejo, Dora Zárate y otras.

Al año de nacida Melinda Varela Cambra, Melín se encontró con mi mamá a la salida de una misa de domingo en la Iglesia del Santuario. Durante la misa Melín estaba sentada varias bancas atrás de Eleonora y notó que Pito estaba muy inquieto durante toda la celebración religiosa. Le llamó la atención que cuando pasó el sacristán recogiendo la donación de los fieles, éste le dijo a Pito: «si te sigues portando mal, te pondremos en un cuarto oscuro». Aquellas palabras le molestaron mucho.

Esa tarde, en las afueras del Santuario, Melín le propuso a mi mamá que fundaran una escuela para los niños como sus hijos.

Así nació la Asociación Pro Niños Excepcionales de Panamá (APNEP), que hizo posible la creación y mantenimiento de la Escuela Experimental, por todos llamada «La Escuelita».

La Escuelita empezó sus operaciones el 18 de Junio de 1956 con una maestra y cinco niños en un pequeño garaje de una residencia en el barrio de San Francisco. Los alumnos fundadores fueron Carlos Scott-Pezet, Carlos Cordovéz, Toñito Alzamora, Tony Eggleston, Gisela Guardia y Vilma Alvarado. Durante 13 años, a medida que la matrícula aumentaba, la escuela ocupó diferentes locales.

El 27 de noviembre de 1969, después de muchos años de esfuerzo y con el apoyo de la comunidad y del gobierno, la Asociación vio sus sueños cumplidos al inaugurar su propio local en la Calle 37 de la Urbanización Obarrio, cerca de la calle 50. Los terrenos eran propiedad de la familia Obarrio y la construcción, en gran parte, se debió al aporte del Dr. Juan Ramón Varela.

A través de los años, varios miembros de las familias Scott-Pezet y Varela Cambra prestaron mucho apoyo a la Escuelita. La Profesora Eleonora fue Presidenta por 15 años, seguida por la Dra. Varela por otros tantos. Posteriormente ambas fueron nombradas Presidentas Vitalicias. Allí trabajó mi tía Lesbia Pezet de García como Secretaria Administrativa de la Escuelita. Su legado especial a la La Escuelita es que fue la autora del Himno del plantel y de varias poesías dedicadas a la La Escuelita. Tía Felicidad Pezet de Chandeck fue parte de la Junta Directiva. Mi hermana Lupita Scott-Pezet fue Secretaria de la Junta Directiva en el año 1979. Después de mi jubilación en 1999, comencé a participar en las reuniones de la Junta Directiva, más que todo, para representar a la Profesora Eleonora que, en el ocaso de su vida,

muy sabiamente renunciaba a actividades tales como conducir un automóvil y asumir funciones de responsabilidad.

Reconociendo la labor abnegada durante 25 años de la Profesora Eleonora Pezet de Scott y de la Dra. Hermelinda Cambra de Varela, el Gobierno de la República de Panamá las condecoró el 14 de mayo de 1981 con la orden de Belisario Porras en Grado de Comendador. Esta ceremonia protocolar se efectuó en la Presidencia de la República, y la condecoración les fue impuesta por el entonces Presidente, Aristides Royo. Al mismo tiempo, recibieron esta condecoración las señoras Berta Torrijos de Arosemena por su labor como Directora del Instituto Panameño de Habilitación Especial y Elena de Lyons, fundadora de la Escuela Rayos de Luz, que funcionaba en la ciudad de Colón. Las damas condecoradas merecían esta mención, ya que habían dedicado muchos esfuerzos a trabajar en pro de los discapacitados de nuestro país.

En la ceremonia de la Presidencia estábamos los miembros de las familias Varela Cambra y Scott-Pezet, entre los que nos encontrábamos Pito y yo. Recuerdo que el Presidente Royo fue muy amable con Pito y Melinda, que estaban fascinados en la Presidencia. Al concluir la elegante ceremonia, nos dirigimos hacia la La Escuelita, donde nos esperaba un agasajo. En el trayecto hacia la La Escuelita, Pito no le quitaba los ojos a su mamá, y, de repente, nos sorprendió cuando le dijo con mucho amor y ternura: BELLA. Nunca olvidaré ese momento, ya que a través de los años él siempre le siguió diciendo, «BELLA». Su madre fue, desde entonces, la única merecedora de este adjetivo.

Ese mismo año, el 18 de junio de 1981, la APNEP celebró sus Bodas de Plata, y ya las Bodas de Oro están a la vuelta de la es-

quina, porque se celebrarán en el año 2006. En ese momento, si así Dios lo permite, Doña Nora habrá cumplido sus 93 años y Pito tendrá 59.

La escuela, inicialmente fue construida para 50 alumnos pero con la idea de ampliarla poco a poco para poder atender más alumnos, siempre teniendo en consideración la necesidad de que estos sean grupos chicos. Hoy día las facilidades incluyen un mini gimnasio (1981), el taller protegido (1989), una piscina (1991), y en el 2003 fueron inaugurados salones nuevos para albergar cómodamente a los alumnos del taller y de Educación Para El Hogar.

En 1996 se realizó el sueño de la Sra. Elena de Lyons y de la Dra. Varela, cuando se inauguró el Hogar Rayos de Luz, que sirve de residencia a varios de los alumnos de la escuela. Es justo aclarar que no se trata de «institucionalizar» y alejar del hogar a estos jóvenes, porque nunca se ha promovido la idea de reemplazar a la familia. Lo ideal es que cuando los padres no puedan atender al discapacitado, existan familiares o amigos que los puedan recibir en sus casas. Pero la vida da muchas vueltas y a veces las cosas no resultan así. El Hogar representa una alternativa. Tener este Hogar, único en Panamá, puede ser un alivio para algunos padres que piensan en el futuro de sus hijos cuando ellos ya no los puedan atender. Es muy humano que quieran que sus hijos vivan en un ambiente agradable, tranquilo, con amor, lo más parecido posible a lo que tenían en sus casas, y, en algunos casos, hasta mejor. Los estándares que se han adoptado para el Hogar son altos. Más adelante en el país deberá haber más hogares u otro tipo de vivienda familiar para otros que se quedan a la deriva, sin un techo sobre sus cabezas. Pero volvemos a recalcar que un hogar sí, una institución no.

Luciendo muy bien sus 91 abriles, Doña Nora asistió el 18 de junio de 2004, a la celebración de los 48 años de fundación de la Escuelita. Dios mediante allí también estará en el 2005, para la celebración de los 49 años.



Primera parte

Los protagonistas



La Prof. Eleonora y Pito, después del desfile del 3 de noviembre de 2004 en Penonomé.

Sobre los protagonistas de esta historia

«Mami y Yo» es una historia sobre una relación muy especial entre Pito, y su mamá, Nora. Es una historia sobre una persona discapacitada cuya estrella brilla en el firmamento gracias a un sinnúmero de personas que, a través de los años, le mostraron mucho amor, y tuvieron mucha paciencia. Nuestra intención es que este aporte literario, aunque corto y sencillo, sea un mensaje de aliento y de amor para las familias que en su seno tienen a alguien tan especial como Pito. Es un deseo de nosotros, sus familiares, que otros aprendan sobre cómo creció, cómo se le disciplinó, cuánto se le quiso y se le quiere, y cuánta luz y felicidad trajo a muchas vidas.

Pito nació después de dos hermanas, Norita y Lupita, que le llevaban cinco y tres años, respectivamente. Su madre, panameña, Eleonora Pezet Herrera, se casó con Charles Scott, ciudadano norteamericano que se encontraba en Panamá sirviendo en el ejército de los Estados Unidos acantonado en las riberas del Canal.

Pito, como ya dije, nació con Síndrome de Down en una época en que se conocía muy poco sobre esto, y en Panamá había oportunidades muy limitadas para ayudarlo a desarrollar. En estas condiciones, siempre ha sido el compañero inseparable de su mamá. Para que se comprenda hasta qué punto ha sido así, sólo hay que recordar que frecuentemente decía, para referirse a sus propios deseos y necesidades: «Mami y Yo». Ya bastante entrada en años ella, la madre, cuando se desayunaba tarde y no veía a Pito, preguntaba por él, y se quedaba tranquila cuando le decíamos que estaba en la escuela, excepto los sábados cuando

asistía a las prácticas de las Olimpiadas. La verdad es que en casa sí hicimos lo posible para que Pito fuese lo más independiente posible, pero reconocemos que había una dependencia grande entre ellos dos, y yo hasta diría que era de lado y lado.

La rutina diaria de Pito era ir a la escuela, de donde regresaba a las 3:30 de la tarde. Se levantaba muy temprano, antes de las 6:00 a.m. y buscaba el periódico. Para el desayuno tomaba un plato de cereal de los de cajeta —le encantaban los cereales con rueditas—, te, y pan tostado con queso amarillo. Luego se sentaba cómodamente a «leer» el periódico. Aunque no sabía leer, tenía una gran capacidad para recordar los símbolos y los anuncios que más tarde asociaba con algo que era de su interés. Apenas veía una foto con una cara conocida nos lo decía, y a veces las recortaba. Luego de «leerlo», a veces lo escondía, o escondía las revistas que traía el periódico. Quizás lo hacía para luego cortarlo en pedacitos, porque cortar papeles era algo que le gustaba hacer.

En las tardes, apenas llegaba, tomaba el jugo de pera (tenía que ser de pera), se daba un baño, y se alistaba para ir a caminar al Centro de Convenciones ATLAPA, donde había buenas aceras para ejercitarse bajo techo. Años antes habían gozado mucho, los dos, la natación en la playita de Amador, pero eso fue mucho antes de que Amador se convirtiera en un gran atractivo turístico para la ciudad de Panamá. Cuando regresaban de la caminata, que no pasaba de una hora, tomaban una cena liviana, luego, juntos, veían algo de televisión y, después, para la cama. Los sábados, a Pito le encantaba don Francisco —el hábito de verlo nació de cuando lo veían los dos juntos, hasta el final, cuando alguien se ganaba el carro. En el otoño de su vida, Nora ya no

esperaba la rifa del carro. Pito sí se quedaba hasta lo último. Nunca entendí por qué le gustaba tanto lo del carro.

Yo sé que Pito tenía un día completo y que se sentía feliz. Jamás se tenía que preocupar por si tendría o no una comida caliente o una buena cama para dormir. Se le complacían sus deseos de salir a comer a un restaurante y muchas veces, también, conseguía el CD musical que quería de regalo. Lo cierto es que Pito no pedía mucho. Pero sí había que disciplinarlo y esto se trataba de lograr quitándole alguna de sus cosas favoritas tales como sombreros, CDs, banderas, carritos.

Pito era feliz con su Escuela. Se iba feliz en la mañana y regresaba feliz en la tarde. Como bien lo dice su himno, «es mi escuelita templo sagrado», y santas eran todas las maestras que allí laboraban. Lo peor que le podíamos hacer a Pito era privarlo de ir a la escuela. Él quería estar con los muchachos.

Ahora bien, eso de no tener que preocuparse de nada porque alguien lo hace por tí, y asumir que eso te hace feliz, pienso que es relativo. Pito tenía sus momentos en que estaba disgustado porque no conseguía lo que quería, y eso es normal. Pero él dependía enteramente de nosotras, que, en primera instancia, fue mi mamá. Desde que ella fue dejando las riendas de la casa en mis manos, la responsable era yo. Gracias a Dios, no le faltaba nada

por lo menos en el aspecto material, y en cuanto a lo espiritual, creo que trabajamos bastante para que también lo tuviera todo.

Además de lo material, yo estaba muy pendiente de que tuviera su vida bastante llena de actividades. Los sábados iba a la práctica de las Olimpiadas. Los domingos íbamos a misa y después a la pizza. Varias veces al mes íbamos a nuestro querido

tiempo en la finca La Peregüeta, con los caballos, los perros, la piscina. Pero, realmente, no lo tenía todo, nadie lo tiene todo.

En el 2004, cuando Pito tenía 56 años, en la escuela asignaron un salón especial para los «jóvenes» de tercera edad. Era un grupo de cinco, entre los cuales había otros veteranos de la escuela, como Ricardo Pacheco y Adolfo Lyons. La maestra era Donalda Batista G, otra santa mujer, porque, en mi opinión, todas las maestras de Pito son unas santas. Dona lo consentía tanto que Pito la adoraba. Ella estaba muy pendiente del aspecto físico y de la salud de Pito. La idea de que los viejos estuvieran juntos era buena ya que con el tiempo, ellos perdían la paciencia con la más mínima cosa; por ejemplo, que si los más jóvenes hacían bulla les molestaba. La piscina era la primera actividad del día, una excelente manera de comenzar el día.

Un sábado en que lo acompañé a las Olimpiadas Especiales, no hicimos sino llegar y me dijo que tenía que ir al servicio. Tenía la costumbre de hacer esta solicitud en cuanto entrábamos a un restaurante, y el sabía que eso me molestaba muchísimo. Mientras esperaba, conversé con una de las líderes del movimiento de las olimpiadas, quien me dijo, como lo había hecho varias veces antes, que Pito tenía una personalidad muy especial. Es más, me dijo: «Pito tiene una personalidad carismática». Nunca lo habían descrito así, y pensé que era cierto. Pito tenía un don de acercarse a los niños, a los viejos, a las mujeres, a los hombres, a los ricos, a los pobres, en fin, acercarse a todos y dejarlos con una sonrisa en los labios. A las mujeres guapas les decía que eran guapas. A las mujeres feas, también les decía que eran guapas. Se las tenía ganadas a todas. De paso, si acaso les pedía algo, de seguro que lo conseguía.

Con el tiempo, Pito se convirtió en todo un personaje, querido y admirado por casi todos. Saludaba a todo el mundo —su momento favorito de la misa era precisamente el saludo—, y les aseguro que saludaba a más gente que el cura. Cuando entraba a un lugar donde había desconocidos, se les acercaba y se presentaba. La mayoría de las personas lo escuchaban atentamente. No tenía pepitas en la lengua y decía cualquier cosa que le viniera en gana. Le tenía más miedo a las mariposas y a las cucarachas que a los lagartos que podría haber en los ríos donde se bañaba o a los toros que en algunos años soltaban en las calles de Penonomé para el 15 de Diciembre. Le encantaba dar discursos, salir en el periódico y verse en televisión. Los camarógrafos ya lo conocían y lo entrevistaban. A veces, salía y a veces no. La gente nos llamaba para decirnos cuando lo veían y nos guardaban los periódicos. Fue un gran coleccionista de gorros, carritos y camisetitas, que todos le regalaban después que los pedía —como si no tuviera ninguno. En Penonomé, entraba en cualquiera oficina del gobierno, comercial o religiosa, para lograr su mandado. Bien decía el conocido político panameño Don Sammy Lewis, «¡este sí es un verdadero político!»

Pero ahora, hablemos de Nora. Eleonora Luisa nació en Penonomé, Provincia de Coclé, el 26 de marzo de 1913, en el hogar formado por Magdalena Rosa Herrera Pedrol de Pezet y de Ricardo Medad Pezet Arosemena, ambos de cuna coclesana. Todos los Herrera Pedrol nacieron en Penonomé, todos los Pezet Arosemena en Natá de los Caballeros. Todos los Pezet Herrera nacieron en Penonomé, excepto tío Ricardo, que nació en la ciudad de Panamá. Los lazos con Coclé, particularmente con Penonomé, eran muy fuertes.

El abuelo Ricardo murió joven, a los treinta y tres años, y dejó a Magdalena con cuatro hijos pequeños. Ella era profesora de geografía e historia en el Liceo de Señoritas, entonces ubicado entre las Avenidas Perú y Cuba, donde hoy en día se encuentra el estacionamiento del Ministerio de Economía y Finanzas. Magdalena recibió un gran apoyo moral y económico de su padre, Ángel María Herrera, ilustre hombre de letras que se distinguió como supervisor en el ramo de la educación desde principios de siglo. Este mismo apoyo lo recibió de su suegra, Felicidad Arosemena de Pezet, natariega, y de su tío, José Pezet, quien hizo las veces de padre para sus cuatro sobrinos.

Eleonora, más conocida por todos como Nora, había crecido en un hogar culto y de gente estudiosa. Aunque huérfana de padre desde los 10 años, en el hogar nunca faltó nada gracias al trabajo de Doña Magdalena y al apoyo de los otros familiares.

Nora era una mujer inteligente, muy activa y de muchos bríos. De niña siempre tuvo mucha iniciativa. Contaba ella misma que en el colegio, como estudiante, vendía chocolates para tener algo de plata en el bolsillo. Por lo que conozco, creo que ella y sus hermanas pasaron una niñez y una juventud sana y relativamente estable.

Contaban con el apoyo de ambas partes de la familia. Las hermanitas Pezet, Lesbia, Felicidad y Nora, con el único varón, Ricardo, pasaban todos los veranos en Penonomé, en la casa del abuelo Ángel María, cuyo pasatiempo favorito en las noches, cuando estaban en la finca Buenos Aires de Las Raíces, era conjugar verbos.

Cuando estaban en el pueblo, las hermanas iban a jugar al parque después de la cena, y a las nueve en punto don Ángel

María, desde el portal de su casa, daba tres fuertes palmadas que significaban que las niñas debían regresar a la casa. Don Ángel María Herrera era recto y severo, prototipo de los hombres de la época, a quien se le recuerda como «el maestro». En esa casa abundaba la disciplina, incluso en los hábitos de comida, donde uno comía lo que se servía y esperaba sentado en la mesa hasta que todos terminaran.

La casa original de los Herrera estaba ubicada a un costado de la iglesia, entre las desaparecidas calles Bolívar y Juan N. Calvo. Ocupaba el espacio donde hoy día se encuentra el monumento a la Madre y donde existe un parquecito, con varias estatuas que rinden homenaje a ilustres penonomes. Desde ahí era un salto corto al parque. La puerta de entrada de la casa del abuelo daba frente a una entrada lateral de la iglesia. Esa casona fue demolida para darle paso al «progreso» a finales de la década de los 1930, cuando crearon la avenida principal que hoy conocemos con el nombre de Juan Demóstenes Arosemena.

En la casa había una capilla donde arrodillaban a Nora ante la Virgen, por dos horas y más, hasta que se tomara el purgante de bacalao que detestaba. Durante este calvario era acompañada por don Ángel María, que no se separaba de ella hasta que tomara el purgante. Doña Magdalena, su madre, sufriendo en carne viva la situación de su hija Nora, se acercaba a la capilla y permanecía en ella hasta que Nora cediera. Me imagino que hoy en día ya no se usa el aceite de bacalao como purgante, pero yo también lo recuerdo cuando era niña y adolescente. Lo recuerdo con rechazo, pero gracias a Dios no tuve que arrodillarme hasta que lo tomara.

Cuando, a finales de la década de 1930, el gobierno nacional decidió establecer una amplia avenida central en Penonomé, don

Ángel María no tuvo más remedio que mudarse. Compró una residencia colonial, propiedad de la familia Carles, con paredes de quincha muy anchas y muy altas. En mi memoria esas paredes tenían un grosor de más de dos pies o 61 centímetros. Fue en aquella casa solariega, en Penonomé, ubicada frente al parque principal del pueblo, donde Pito, sus hermanas y casi todos sus primos pasamos juntos muchos veranos felices y compartimos muchas aventuras, y donde todos, la familia, los empleados y las amistades, aprendimos a saber tratar a Pito y a quererlo.

La casa «nueva» que Don Ángel María adquirió luego de que demolieran la suya, también estaba ubicada frente al parque de Penonomé. Sólo había que cruzar el parque para entrar a la iglesia por su puerta principal. Crecimos con el repique de las campanas y aprendimos a identificar qué significado tenían los distintos toques. Datos históricos de Gaspar Rosas indican que en esta casa, en 1792, nacieron los hermanos Miró-Rubini. Uno de ellos participó en las luchas con el libertador Bolívar, y en el sur contrajo matrimonio con una Sra. Quesada —de allí proviene el conocido apellido Miró-Quesada. Hasta donde conozco, a la casa sólo se le conocían tres familias-dueñas: los Miró, los Carles y los Herrera-Pezet. Bajo su techo se habían fraguado historias de nuestra patria y allí fue donde Pito, sus hermanas y sus primas y primos gozaron muchos veranos de su juventud.

A principios de la década de los cincuenta, una profesora perdió el control de su automóvil, se accidentó contra uno de los horcones del portal que apoyaban el techo y parte del techo se vino abajo. No necesariamente en ese momento pero si como parte de la historia, el pueblo tuvo un alcalde que en «pro del progreso» —para poder ensanchar las calles y entre otras cosas

evitar la venta de carne en los portales,— mandó a eliminar todos los horcones de los portales del pueblo. Lo cierto es que Penonomé se quedó sin portales y creo que es hora de volverlos a poner, porque le darían una personalidad particular y envidiable al pueblo y además serían un gran atractivo turístico.

Por razones que desconozco, pero que trato de comprender, en vez de conservar el patrimonio histórico, lastimosamente mi familia tomó la decisión de hacer una casa nueva. Cuando la demolieron encontraron una teja marcada con el año de 1721. Aun hoy día se conservan algunas de las maderas originales, que datan de varios siglos y están en excelente condición.

Qué hermoso sería tener esos portales y esas paredes. Aunque desaparecieron las paredes de quincha y el portal, la casa nueva es muy atractiva y ocupa el mismo lugar que hoy día Pito visita con mucha frecuencia.

A los 18 años, Nora tuvo su primer trabajo en la Corte de Justicia. De joven ella tenía una figura muy esbelta. Cuentan que los caballeros de esa época le decían que tenía «cuerpo de tentación y cara de arrepentimiento». Pienso que aquello no era exactamente un piropo y, además, mi madre nunca ha tenido cara de arrepentimiento. ¿Quién diantre sería el atrevido? Lo que sí nos duele es que sus piernas hermosísimas no las heredamos las hijas, pero sí las heredó Pito.

Fue la primera mujer panameña graduada con una Licenciatura en Educación Física, y estudió en la Universidad del Sur de California (UCLA por sus siglas en inglés), en Los Ángeles, en los Estados Unidos de Norteamérica. Se graduó con honores cum laude. Cuando regresó de sus estudios, el tío, José Pezet, era Ministro de Educación; prontamente fue incorporada al grupo de profesores

de la Escuela Profesional, escuela secundaria a la cual había asistido como alumna y que regentaba su tía, Isabelita Herrera, sobrina de don Ángel María. Cuenta una exalumna que se graduó en 1943, que cuando mi mamá llegó a trabajar a la Profesional, el estudiantado la adoró, especialmente las jóvenes. Por primera vez las ponían a hacer ejercicios, a presentar tablas gimnásticas, a jugar basketball, natación, softball, en fin, todas esas cosas que eran tan comunes en Los Ángeles para las mujeres. Contaba la misma Nora que, un día, la Directora, Isabelita, la llamó a capítulo y le preguntó si era absolutamente necesario que se paseara por los pasillos del plantel luciendo las piernas en aquellos pantaloncitos cortitos y, por supuesto, ella le dijo que sí. Los tiempos cambiaban y los pantalones cortos se impusieron en el deporte.

Nora trabajó en la Escuela Profesional desde 1940 hasta 1968, un total de 28 años, hasta cuando, como ella lo decía, «la botó el gobierno de (Omar) Torrijos», lo cual no le permitió jubilarse con una jubilación completa, cuando sólo le faltaban seis meses. Esos eran los seis meses que había utilizado de dos en dos, al nacer cada uno de sus hijos. No era para menos que esta situación le causara un trauma terrible en esa época de su vida. Después, trabajó durante varios años como Directora del Programa para la Juventud en la base aérea norteamericana de Howard, donde recibía un sueldo infinitamente superior al que había tenido como Profesora. Es comprensible que lo que perseguía el gobierno de Torrijos era darle trabajo a los nuevos. Creo que el aspecto económico de la jubilación fue corregido años más tarde, pero ella no pudo olvidar que la habían sacado antes de tiempo, especialmente después de contar con una excelente hoja de vida. Hay injusticias en la historia que no se deben repetir.

En la Profesional, varios de sus alumnos eran penonomeños, y en 1999, algunos de ellos le organizaron un homenaje en Penonomé. Su pensamiento pueden conocerlo si leen las palabras que ella pronunció en esa ocasión y que hemos incluido en los materiales adjuntos.

Una de las actividades prominentes, después de su jubilación, fue la natación diaria en la Playita de Fuerte Amador, donde ella y Pito iban religiosamente todos los días en la tarde junto con un nutrido grupo de jubilados. Esta actividad tan sana quedó truncada, primero porque el gobierno militar se apoderó del área y no permitían el acceso a civiles, y más tarde porque el tránsito de automóviles en la ciudad se convirtió en una odisea y era una pesadilla hacer el trayecto desde su residencia en San Francisco hasta Amador a la misma hora en que estaba saliendo la gente de las oficinas. Un buen día, dejaron de ir a Amador y, en su lugar, comenzaron a dar vueltas, caminando, en el Centro de Convenciones Atlapa, que quedaba muy cerca de la casa.

En cuanto a Charles, mi padre, era hijo de Mary Ann Nelson, austriaca-húngara, que había emigrado a los Estados Unidos de Norte América en la época de la primera guerra mundial, buscando o huyéndole no sabemos a qué. Fue una época terrible en la historia de la humanidad. Sus buenas razones tendría para emigrar, sola. Del matrimonio de Mary Ann y un navegante inglés nació Charles en Chicago en mayo de 1917, y pasó allí casi toda su niñez y adolescencia. No conocemos muchos antecedentes de Charles antes de su llegada a Panamá.

¿Por que Pito nació con Síndrome de Down? ¿De quién lo heredó? Es la pregunta que todos nos hacemos. En nuestro caso, nunca encontramos una buena respuesta, pero tampoco la bus-

camos afanosamente. Es bueno leer la documentación que tiene la Sociedad Nacional de Síndrome de Down y por eso he incluido la referencia a su sitio en Internet. Del lado panameño, hasta donde conocemos, jamás hubo un caso. No sabemos nada de la familia de nuestro tatarabuelo francés Auguste Pezet Lefevre. Y por el lado de mi papá, sólo conocimos a mi abuelita Mary Ann. Así que esto queda en el misterio por el momento, hasta que un privilegiado entre mis descendientes invierta tiempo y dinero en averiguar más sobre la historia de la familia. Sin embargo, la ciencia no apunta a nuestros antepasados como los responsables, así que las familias de niños Down no deben mortificarse por esto, aunque inevitablemente lo hacen.

Lo que sí les puedo decir es que Charles y Eleonora estuvieron casados durante siete años, después de los cuales él se fue para los EEUU y no lo volvimos a ver hasta que yo tenía 24. Ella nunca se volvió a casar y creo que nunca tuvo otros intereses románticos, algo que yo hubiera preferido que tuviera. Trabajó, como decía ella, «como una mula». Y en el aspecto familiar, se dedicó con alma, vida y corazón a sus tres hijos, pero especialmente a Pito.

Para que no nos faltara nada, ella tenía varios trabajos. Su sueldo de profesora no alcanzaba para tanto, así que se inscribió en la Universidad de Panamá, donde obtuvo un título en español, y con esa calificación, daba clases de español, especialmente a extranjeros. También impartía clases de educación física en otros planteles, como el Colegio Internacional de Maria Inmaculada y el Instituto Alberto Einstein.

Es importante compartir con ustedes que, además de los trabajos mencionados, dedicaba muchas horas a La Escuelita. Y

nosotros, sus hijos, contábamos con la presencia inigualable y el cariño sin fin de la Mimi, una abuelita que vivía con nosotros y que realmente fue nuestra segunda madre.

Uno de los mejores homenajes que recibió Doña Nora fue la grabación que hizo Canal 11 de televisión en 1994 que titularon «Los que Hicieron Patria» y que causó mucho impacto positivo en la comunidad. A través de los años ella gozaba mucho viendo este video y quienes no habían conocido su trayectoria cuando estaba más joven, quedaban muy impresionados al conocer su labor.

La Escuela Experimental



Prof. Eleonora Pezet de Scott y la Doctora Hermelinda Cambra de Varela, fundadoras y Presidentas Vitalicias de La Escuelita.

Himno de la Escuela Experimental

*Letra por Lesbia Pezet de Garcia;
Música por el Prof. Damián Carles P.*

I

Es la escolita templo sagrado
Faro que alumbra nuestra niñez
A ella asistimos Llenos de gozo
Siempre dispuestos a la labor

II

Son sus mentoras dos almas nobles
De mucho empuje y mucho valor
Jamás se cansan, Nunca se rinden
Son incansables en su misión

III

Mujeres de este temple, necesita la patria
Son ejemplo vivo de amor y abnegación
Van hacia delante con paso firme
Llenas de optimismo y de fervor

IV

Amemos a la escolita con constancia y decisión
Para hacerla digna y grande
Orgullo de la nación

Fue fundada en 1956 por la Dra. Hermelinda Cambra de Varela y la Profesora Eleonora Pezet de Scott y celebra sus bodas de oro en 2006. Con su persistencia, dedicación, abnegación y con el apoyo de la comunidad, estas mujeres de temple iniciaron las labores de la 'La Escuelita' en un garaje ubicado en el barrio de San Francisco, en las inmediaciones de la Calle 50 y la Vía Porras.

Después de algún tiempo y gracias a la generosidad de doña Gabriela de Obarrio, recibieron en 1967 un terreno donde construyeron su primera escuela propia. Los edificios nuevos se inauguraron el 27 de noviembre de 1969, después de una fuerte campaña para levantar fondos. Con el tiempo y poco a poco fueron añadiendo edificaciones a la estructura básica. Para 1991 ya había un mini gimnasio y se había construido la piscina, la pequeña cancha de pista y campo y dos aulas especiales necesarias por el aumento del alumnado. En 1999, inauguraron el sueño dorado de muchos padres, el Hogar Rayos de Luz, un hogar donde podrían residir sus hijos.

Melín y Nora llevaron las riendas de La Escuelita por muchos años; Nora fue Presidenta por quince años, luego Melín por muchos más. Después de tantos años, nuevos padres de familia tomaron las riendas, pero ellas, ambas, seguían siendo activas con su título de Presidentas Vitalicias. Recibieron condecoraciones de asociaciones cívicas y del gobierno, según se ha dicho.

La Escuelita se convirtió en la actividad más importante de la vida de Pito, y de muchos de sus compañeros. Hasta la edad de 18 años ocupaban puestos en aulas de clases y después de los 18, pasaban al taller protegido. El taller conseguía trabajos de empresas locales, por lo cual recibían dinero que, a su vez, era entregado a los alumnos del taller de acuerdo con su contribución al trabajo.

En el taller les pagaban algo que, aunque fueran pocos dólares, para ellos era mucho dinero. Pito llevaba de vez en cuando a la casa un sobrecito color manila con dinero y con eso pensaba comprar el mundo. En los tiempos malos, Pito llevaba en el sobre dos o tres dólares; y en los tiempos buenos, podrían ser hasta quince dólares. Como no tenía concepto del valor del dinero, se le complacía por mucho más de lo que estaba adentro del sobre.

En La Escuelita había actividad todo el año. Había fiestas fijadas como el Aniversario de la Escuela (18 de Junio), el Día de la Madre (8 de Diciembre) y la Navidad (25 de Diciembre). También se celebraba la Semana del Campesino, las fiestas patrias (3 de Noviembre), la fiesta de la Virgen del Carmen. Había clases de natación, de baile típico, de canto. Participaban en desfiles que, de cuando en cuando, se hacían en las calles del vecindario.

Una de las épocas más alegres fue cuando Mariela Correa estaba de Directora del Plantel; muy aficionada a la música, tocaba la guitarra y el piano y tenía a aquellos muchachos cantando y bailando todo el tiempo. Para Pito era un castigo no ir a la escuela, y creo que casi todos los compañeros se sentían igual. Si querías castigarlo, como había que hacerlo a veces, tenías que amenazarlo con sacarlo de la escuela.

Un transporte colegial lo recogía a las 7:30 a.m. cada día de lunes a viernes y regresaba a casa pasaditas las 3 p.m. En el taller, hacían los alumnos trabajos para alguna industria. No era fácil conseguir estos trabajos en el mercado. Pero en La Escuelita siempre doblaban bolsas de jardín y de basura que se vendían a la comunidad. Con una economía deprimida y con herramientas básicas, era difícil que el taller tuviera mucho trabajo. Sin embargo, era muy importante que estuvieran ocupados todo el

día, de modo que las actividades laborables en el taller iban acompañadas por actividades didácticas. Además, y muy importante, siempre se celebraban los cumpleaños, se realizaban paseos a puntos importantes de la ciudad, convivían con el resto de la escuela, nadaban varias veces a la semana, tenían clases de baile típico, de canto. En fin, había mucha actividad. Y los niños eran felices. En el taller había unos 30 trabajadores, y algunos de los mayores trabajaban en salones separados.

Cuando yo visitaba la escuela, no me atrevía a acercarme al taller, porque interrumpía toda la disciplina cuando los muchachos se levantaban a saludarme y a abrazarme. Qué alegría la de ellos cuando alguien los visitaba. Para un cumpleaños mío, cuando fui a buscar a Pito para que nos acompañara en el almuerzo familiar, rehusó irse conmigo a menos que yo pasara primero por el taller. Cuando entré, todos, dirigidos por él, cantaron el «Happy Birthday», felices, muy emocionados y por supuesto, yo también. Estoy segura de que las personas que entraban a ese ambiente la primera vez se les hacía un nudo en la garganta y quedaban llorando porque las circunstancias eran emotivas. Y a pesar de vivir cerca de ese ambiente y día a día, año tras año, nunca dejé de sentir una profunda emoción —no digo de tristeza, sino de sublime comprensión de lo que es el amor. Una vez me contaron sobre la reacción de la madre de un autista que en su primera visita a La Escuelita quedó encantada porque, cuando lo que esperaba era un ambiente de tristeza, se encontró con un alumnado lleno de vida y de vigor.

Recuerdos de Epi*

Los años después del nacimiento de mi hermano Pito fueron muy difíciles. Yo tenía cuatro años. Recuerdo durante una visita al hospital donde nació, le pregunté a mi mamá, «¿y por que el es chinito?» No recuerdo si esto causó llantos o tragedias, pero mas tarde, cuando adulta, me enteré que nadie había diagnosticado a Pito «Síndrome de Down» sino solo que era un niño diferente. Mi padre Charles, o Scotty como lo llamaban sus compañeros de trabajo en la Zona, desapareció pocos meses después de su nacimiento y desafortunadamente para mi, pocos días antes de mi cuarto cumpleaños.

Pito nació en agosto. Recuerdo que todo cambió. Mi mamá estaba triste, la casa donde vivíamos en la avenida Perú se hacia demasiado grande y jamás volvimos a ver a Charles. En vez, la casa se llenó de familia, mi abuelita Mimi, mi bisabuela Tomasita (Mamatita) y muchos tíos y tías que no habían estado tan presentes antes del nacimiento de Pito.

Los años fueron pasando y Pito, gracias a su carácter afable y siempre sonriente comenzó a llenar el vacío en el alma de mi mamá. Todo había cambiado y nos mudamos a un apartamento pequeño donde vino mi abuela Mimi quien compartía la recámara con mi mamá, y la otra Norita, Pito y yo. Las Navidades eran parcas, y si recuerdo jugar mucho con Pito quien, para poder caminar tenia que usar muletas de hierro. Pasábamos largos ratos jugando con los soldaditos, en el piso de la casa. Pito no podía

*Epi es el nombre que Pito le dio a Lupita.

hacer mucho físicamente así que no nos podía acompañar a montar bicicleta ni a patinar por la loma de la calle 51. El mundo de Pito era diferente al nuestro, tanto así que con tantos cuidados y medicinas que tomaba no aprendió cosas básicas, como nadar, hasta después de un incidente donde prácticamente se ahogó en las Mendozas de Penonomé.

Pito no fue ocultado y por lo tanto desarrolló una personalidad cordial y amistosa. Era el mundo de mi mamá, quien debido a la mala fortuna y el desaire de Charles, se vió en la necesidad de trabajar hasta cuatro trabajos al día, pero su meta era Pito, educarlo, criarlo y buscar lo mejor para él.

Los años iban caminando y viendo que en Panamá faltaban soluciones para estos niños, un grupo de mujeres profesionales, afectadas por la misma situación, se reunieron y comenzaron la Asociación. De allí en adelante Pito creció en su escuela y se hizo el rey de la misma, lo cual era de esperarse ya que Mamacó como se le decía, fue la Presidenta por diez y seis años.

Mis años de adolescencia vieron a Pito crecer en tamaño, ponerse gordo y hacerse más adulto. Iba a la escuela todos los días, aprendió a nadar y fue un gran campeón. La vida siguió su curso.

Cuando fui a estudiar a Italia en 1961, ya Pito, cuatro años menor que yo, tenía novias, bailaba el típico y era el rey de La Escuelita junto con Melinda Varela que era la reina. Los dos fueron los fundadores de esta nueva generación de panameños, con Síndrome de Down.

Mis años fuera de Panamá fueron más de diez y siete. Me casé y tuve un hijo que desde niño reconoció y quiso mucho a su tío Pito. Era bonito verlos jugar, cuando veníamos de vacaciones

a Panamá, donde mi hijo D'Arcy aceptaba a Pito, ya todo un hombre, como si fuera un niño igual y de su edad. Hubo varias veces donde el, aprendiendo a leer, hacia que Pito le imitara. Es hermoso ver como algunos niños pueden reconocer la sensibilidad de otros y responder como si todo fuera igual.

Pito lo adoraba y vice versa.